

los textos de los propios autores en cada una de las partes del libro, a la que se suma un estilo que, sin desistir del rigor, facilita el acceso a la obra y la comprensión del pensamiento de «los padres fundadores» del pragmatismo americano, creemos que Pérez de Tudela ha logrado sobradamente lo que, según él mismo confiesa en las páginas introductorias, se ha propuesto: llevar a cabo el análisis de aquellos autores que, constituyendo la época «dorada» de la filosofía norteamericana, adoptaron el membrete de «pragmatismo» como seña de identidad. Discutir el proyecto aquí realizado puede resultar una postura gratuita que simplemente ignora que todos los intentos de dar una definición adecuada de «pragmatismo» han fracasado por el amplio campo semántico que ese nombre abarca.

Jose Antonio MARTINEZ MARTINEZ

SUÁREZ DOBARRIO, Fernando: *Francisco Sánchez y el escepticismo de su tiempo*. Caja de Ahorros Provincial de Orense. Orense, 1988, 173 págs.

La figura de Francisco Sánchez, el Escéptico, apenas si ha merecido un tratamiento digno y continuo por parte de nuestra historiografía filosófica, y las más de las veces ha sido utilizado para vindicar su origen español frente a los portugueses, que también lo consideran suyo. Pero poco importa su origen —ibérico en cualquier caso— cuando lo cierto es que pasó toda su vida en Francia (Burdeos, Montpellier y Toulouse). De aquí que haya que agradecer el libro de Suárez Dobarrío, sobre todo porque cubre esta lamentable laguna y porque aporta, además, un conocimiento exhaustivo de la filosofía de la época, y en especial del escepticismo.

Francisco Sánchez, que ha pasado a la historia de la filosofía por una única obra, *Quod nihil scitur* (Lyon, 1581), más citada que conocida, se encuentra en la encrucijada histórica del renacimiento preludiando ya la modernidad. Situarlo en el entramado de intereses que confluyen en aquella época, y que a la vez le dan esa peculiaridad distintiva, ha sido uno de los objetivos de Suárez Dobarrío. El capítulo dedicado al análisis de la corriente escéptica es modélico en este sentido. Comenzando por Ramus y Estienne, editor este último de las *Hypotyposes* de Sexto Empírico, se detiene sobre todo en el escepticismo humanista de Montaigne, Charron, Camus, Patin, La Mothe y Sánchez. No puedo pasar por alto el injusto olvido que el autor del libro hace del zafreño Pedro de Valencia, autor de *Academica sive de iudicio erga verum* (Amberes, 1596), explicación y comentario de las *Cuestiones Académicas* de Cicerón a la vez que intento de reconstruir la historia de la filosofía antigua, según el criterio escéptico, desde Platón hasta Epicuro y Potamón. Hay críticos para quienes, y este es el caso de Jean Cobos, Pedro de Valencia forma con Montaigne y Sánchez el triunvirato escéptico del último cuarto del siglo xvi. He de añadir que acaba de publicarse la primera traducción castellana de las *Academica* de Pedro de Valencia por José Oroz Reta (Diputación Provincial de Badajoz, 1987). La inclusión del filósofo

extremeño hubiera completado el panorama del escepticismo humanista en cuya savia se mueve la preocupación filosófica de Sánchez.

Al estudiar Suárez Dobarrío los aspectos más importantes del pensamiento sancheziano se detiene principalmente en dos que considera constantes en toda su producción: el concepto de *naturaleza* y el de *ciencia*. Sobre estas dos variables se mueve el filósofo escéptico y a ellas hay que referir toda su obra. El *Carmen de Cometa* es la fijación expresa de la Naturaleza como el único y posible objeto de investigación; el *Quod nihil scitur* es la crítica de la Ciencia como instrumento para acceder a la Naturaleza. Todo lo demás de su producción filosófica (*Carta-consulta a Cristóbal Clavio, De divinatione per Somnum ad Aristotelem. In librum Aristotelis Physiognomicon Commentarius, De longitudine et brevitate vitae*) no son sino añadidos al *Quod nihil scitur* (p. 82).

El libro concluye con una definición del escepticismo sancheziano a partir de las notas de escepticismo clásico, culto a la Naturaleza, carencia de una metodología adecuada, nominalismo, empirismo inicial y criticismo limitado; fuera de su ámbito escéptico quedan campos tan importantes y decisivos como el ético, el histórico y el religioso, por ejemplo (p. 147).

Una excelente bibliografía acompaña el estudio, bibliografía en la que echamos en falta el importante artículo de Jean Cobos titulado «Renaissance et/duscepticisme» que fue publicado en la revista *Annales de l'Université de Toulouse-Le Mirail* en 1979. Pero esta ausencia, claro está, no empaña el redondo acabado de este estudio cuya lectura aconsejamos desde ya para un mejor conocimiento del pensamiento europeo durante el siglo XVI.

Y esta misma bibliografía pone de manifiesto, al estudiar las fuentes sanchezianas, cómo el secular desprecio que los españoles sienten por su pasado filosófico se debe, principalmente, más a ignorancia que a otras causas. Hasta este siglo no tuvimos traducciones castellanas de *Quod nihil scitur*. La primera, sin año de impresión, atribuida a un tal Jaime Torrubiano, con prólogo de Menéndez Pelayo, es de principios de siglo. Pasarán muchas décadas hasta que en 1977 Carlos Mellizo publique una nueva traducción. Pero ambas carecen de precisión, inventan cosas que no vienen a cuento y en muchos casos hacen decir al autor una cosa muy distinta de lo que escribió. Fue en 1984 cuando el Consejo Superior de Investigaciones Científicas publicó una edición modélica, con texto latino y traducción castellana de Sergio Rábade, Jose M.^a Artola y Manuel F. Pérez. Este último, en su introducción, al paso que expone las dificultades textuales que hubieron de afrontar ante *Quod nihil scitur*, critica muy irónicamente los desafueros de Torrubiano y Mellizo. Esperemos que esta traducción, así como el libro de Suárez Dobarrío que comentamos, contribuyan a un mejor conocimiento de Francisco Sánchez.

Antonio JIMENEZ GARCIA